

EL LIDERAZGO FEMENINO EN LA IGLESIA



Subsidio para el PGP 2031+2033
Conferencia del Episcopado Mexicano
Comisión Episcopal de Pastoral Profética
Dimensión de Doctrina de la Fe



EL LIDERAZGO FEMENINO EN LA IGLESIA

Aporte de la Provincia Eclesiástica Bajío.

a) Canto inicial: ¿Quién será la mujer?

¿Quién será la mujer que a tantos inspiró poemas bellos de amor?
Le rinden honor la música y la luz, el mármol, la palabra y el color.
¿Quién será la mujer que el rey y el labrador invocan en su dolor?
El sabio, el ignorante, el pobre y el señor, el santo al igual que el pecador.

María es esa mujer, que desde siempre el Señor se preparó
para nacer como una flor en el jardín que a Dios enamoró (2).

¿Quién será la mujer radiante como el sol, vestida de resplandor?
La luna a sus pies, el cielo en derredor y ángeles cantándole su amor.
¿Quién será la mujer humilde que vivió en un pequeño taller?
Amando sin milagros, viviendo de su fe, la esposa siempre alegre de José.

b) Objetivo del tema: Promover el protagonismo y el liderazgo femenino, para una participación más amplia de la mujer, según su vocación y misión en la familia, en la sociedad y en la vida de la Iglesia.

c) Justificación del tema:

En el Proyecto Global de Pastoral de la Conferencia del Episcopado Mexicano se propone este compromiso:

- En un mundo que lucha por reconocer los derechos humanos en diversos campos, nos corresponde reconocer y apoyar los derechos de los fieles laicos en la misión de la Iglesia, como personas que gozan de su mayoría de edad. Especial atención merece valorar y promover la imprescindible presencia de la mujer en la vida eclesial, su enorme aporte en la evangelización de las familias y su apoyo constante en la catequesis de nuestras comunidades (No. 179).
- Promover el liderazgo femenino y una participación más amplia en la vida de la Iglesia desde un auténtico respeto a su dignidad (No. 179 a).

En el mismo documento, se afirma:

- Es necesario valorar el rol tan importante que la mujer está desempeñando. Hoy es más evidente, y nos alegra constatar, el arribo de muchas mujeres a los puestos de grandes responsabilidades en sus países, el acceso a la educación de una manera más amplia, la lucha por consolidar cada vez más sus derechos en todos los campos de la vida social, política y económica, así como su presencia valiosa e imprescindible dentro de la Iglesia. Con todo, vemos con tristeza que aún los rasgos más dolorosos de la pobreza, la desigualdad y la violencia, tienen rostro de mujer, y existe todavía un largo camino con esfuerzos que tendrán que redoblar para darle el lugar que le corresponde (No. 41).
- Según lo señalado por diversos expertos, hay algunos fenómenos globales, llamados megatendencias, que seguirán fortaleciéndose en los próximos años, ante los que habremos de



estar atentos, con una mirada de fe: ... el empeño por implantar una nueva imagen del hombre y la mujer en un contexto mundial, ... así como la redefinición del papel de la mujer (No. 42).

- Habiendo señalado los avances que se han tenido en el reconocimiento y el valor de la mujer en la sociedad, no podemos dejar de mencionar, la situación injusta y precaria a la que han sido sometidas muchas de ellas durante siglos en nuestro país, incluso en el seno de la familia y aún en la Iglesia. Es necesario resaltar y denunciar los atropellos constantes contra su dignidad, reflejada en miles de muertes; la situación de tantas madres solteras que luchan por sacar adelante a su familia; la explotación, la trata de menores y la desaparición de un importante número de mujeres. Reconocemos el largo camino que nos falta por andar en materia de valoración plena del “genio femenino”, es decir, de la vocación y de la misión de las mujeres en la sociedad y en la Iglesia. No podemos posponer una vez más su plena incorporación social, la vigencia de sus derechos y la acogida de su aporte propio y específico para la construcción de una sociedad más humana y una Iglesia más fiel a la novedad del anuncio cristiano (No. 53).
- Ya desde el libro del Génesis, Dios expresa su voluntad de que el hombre y la mujer, creados a su imagen y semejanza (cfr. Gn 1,26-27), se complementen, se comuniquen entre sí y puedan disfrutar de su bondad (No. 55).
- Identificar y acompañar a los grupos vulnerables de nuestra sociedad: ... mujeres violentadas (No. 186 c).

d) VER

En plenario, en pequeños grupos, o en forma personal, contestar estas preguntas:

1. ¿Cuál es la situación de la mujer entre nosotros: en la familia, en la comunidad, en la Iglesia?
2. ¿Hay señales de machismo, de marginación, de opresión, de violencia?
3. ¿Hay excesos en el proceso de liberación de la mujer?

e) DISCERNIR

1. Lectura bíblica: Jn 4, 5-42

En esta cita bíblica contemplamos el encuentro, el diálogo de Jesús con la samaritana. Diálogo muy humano, que demuestra cómo Jesús se relacionaba con las personas y cómo Él mismo aprendía y se enriquecía hablando con otros. Para entender mejor este pasaje, proponemos una división del texto:

Jn 4,5-6: Crea el escenario donde se entabla el diálogo

En aquel tiempo: Jesús llegó a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca de la tierra que Jacob dio a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús, cansado por la caminata, se sentó al borde del pozo. Era cerca del mediodía.

Jn 4,7-26: Describe el diálogo entre Jesús y la samaritana

7-15: Sobre el agua y la sed

Fue entonces cuando una mujer samaritana llegó para sacar agua, y Jesús le dijo: «Dame de beber». Los discípulos se habían ido al pueblo para comprar algo de comer. La samaritana le dijo: « ¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (Se sabe que los judíos no tratan con los samaritanos). Jesús le dijo: «Si conocieras el don de Dios, si supieras quién es el que te pide de beber, tú misma le pedirías agua viva y él te la daría». Ella le dijo: «Señor, no tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo. ¿Dónde vas a conseguir esa agua viva? Nuestro antepasado Jacob nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus animales; ¿eres acaso más grande que él?» Jesús le dijo: «El que beba de esta agua



volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré nunca volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en un chorro que salta hasta la vida eterna». La mujer le dijo: «Señor, dame de esa agua, y así ya no sufriré la sed ni tendré que volver aquí a sacar agua».

16-18: Sobre el marido y la familia

Jesús le dijo: «Vete, llama a tu marido y vuelve acá». La mujer contestó: «No tengo marido». Jesús le dijo: «Has dicho bien que no tienes marido, pues has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad».

19-26: Sobre la religión y el lugar de la adoración

La mujer contestó: «Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres siempre vinieron a este cerro para adorar a Dios y ustedes, los judíos, ¿no dicen que Jerusalén es el lugar en que se debe adorar a Dios?» Jesús le dijo: «Créeme, mujer: llega la hora en que ustedes adorarán al Padre, pero ya no será "en este cerro" o "en Jerusalén". Ustedes, los samaritanos, adoran lo que no conocen, mientras que nosotros, los judíos, adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Entonces serán verdaderos adoradores del Padre, tal como él mismo los quiere. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad». La mujer le dijo: «Yo sé que el Mesías, (que es el Cristo), está por venir; cuando venga, nos enseñará todo». Jesús le dijo: «Ese soy yo, el que habla contigo».

Jn 4,27-30: Describe el resultado del diálogo en la persona de la samaritana

En aquel momento llegaron los discípulos y se admiraron al verlo hablar con una mujer. Pero ninguno le preguntó qué quería ni de qué hablaba con ella. La mujer dejó allí el cántaro y corrió al pueblo a decir a la gente: «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?» Salieron, pues, del pueblo y fueron a verlo.

Jn 4,31-38: Describe el resultado del diálogo en la persona de Jesús

Mientras tanto los discípulos le insistían: «Maestro, come». Pero él les contestó: «El alimento que debo comer, ustedes no lo conocen». Y se preguntaban si alguien le habría traído de comer. Jesús les dijo: «Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra. Ustedes han dicho: "Dentro de cuatro meses será tiempo de cosechar". ¿No es verdad? Pues bien, yo les digo: Levanten la vista y miren los campos: ya están amarillentos para la siega. El segador ya recibe su paga y junta el grano para la vida eterna, y con esto el sembrador también participa en la alegría del segador. Aquí vale el dicho: Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Yo los he enviado a ustedes a cosechar donde otros han trabajado y sufrido. Otros se han fatigado y ustedes han retomado de su trabajo».

Jn 4,39-42: Describe el resultado de la misión de Jesús en Samaría

Muchos samaritanos de aquel pueblo creyeron en Él por las palabras de la mujer, que declaraba: «Él me ha dicho todo lo que he hecho». Cuando llegaron los samaritanos donde Él, le pidieron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron al oír su palabra, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú has contado. Nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo».

Palabra del Señor. R.: Gloria a Ti, Señor Jesús.

Cada uno de los participantes repasa el texto de manera personal, ayudado por algunas preguntas:

- a) ¿Qué nos ha llamado más la atención en la conducta tenida por Jesús durante el diálogo con la samaritana? ¿Qué pedagogía (táctica) ha usado para ayudar a la samaritana a percibir una dimensión más profunda de la vida?



- b) ¿Qué nos llama más la atención en la conducta de la samaritana durante el diálogo con Jesús?
¿Qué influencia ha tenido ella en Jesús?
- c) ¿Por qué se sorprendieron los discípulos de Jesús cuando lo encontraron hablando con una mujer y por qué no le dijeron nada?
- d) ¿En qué puntos, la conducta de Jesús me interroga o interpela?

2. Iluminación bíblica

Profundicemos un poco más en este pasaje bíblico:

El simbolismo del agua:

Jesús usa la palabra agua en dos sentidos: en sentido material, normal, del agua que quita la sed, y en sentido simbólico como fuente de vida y don del Espíritu. Jesús usa un lenguaje que las personas entienden y que, al mismo tiempo, despierta en ellos la voluntad de profundizar y de descubrir un sentido más profundo de la vida.

El uso simbólico del agua tiene su raíz en la tradición del Antiguo Testamento, donde es frecuente la mística del agua como símbolo de la acción del Espíritu de Dios en las personas. Jeremías, por ejemplo, opone el agua viva del manantial al agua de la cisterna (Jr 2,13). Cisterna: cuanto más agua sacas, menos agua habrás. Manantial: cuanto más agua sacas, más agua tendrás. Jesús conoce las tradiciones de su pueblo y sobre ellas se apoya en la conversación con la samaritana. Sugiriendo el sentido simbólico del agua, evoca en ella (y en los lectores y lectoras) todo un conjunto de episodios y frases del Antiguo Testamento.

El diálogo entre Jesús y la samaritana:

Jesús encuentra a la samaritana cerca del pozo, lugar tradicional para los encuentros y las conversaciones (Gén 24,10-27; 29,1-14). Él parte de la necesidad muy concreta de su propia sed y obra de modo que la mujer se sienta necesaria y servidora. Jesús se hace el necesitado de ella. Por la pregunta, hace de modo que la samaritana pueda descubrir que Él depende de ella para resolver el problema de su sed. Jesús despierta en ella el gusto de ayudar y servir. Este diálogo tiene dos niveles:

- **El nivel superficial**, en el sentido material del agua que quita la sed a las personas y del sentido normal de marido como padre de familia. A este nivel, la conversación es tensa y difícil y no tiene continuidad. Quien tiene ventaja es la samaritana. Al principio, Jesús ha intentado un encuentro con ella a través de la puerta del trabajo cotidiano (sacar agua), pero no lo ha logrado. Después, ha intentado la puerta de la familia (llamar al marido), y tampoco ha tenido resultado. Finalmente, la samaritana ha tomado el tema de la religión (lugar de la adoración). Jesús ha logrado entrar por la puerta que ella ha abierto.
- **El nivel profundo**, en el sentido simbólico del agua como imagen de la vida nueva traída por Jesús y del marido como símbolo de la unión de Dios con su pueblo. A este nivel, la conversación tiene una continuidad perfecta. Después de haber revelado que Él mismo, Jesús, ofrece el agua de la nueva vida, dice: "Ve, llama a tu marido y luego regresa acá". En el pasado, los samaritanos tuvieron cinco maridos, ídolos, ligados a cinco pueblos que fueron llevados a aquel lugar por el rey de Asiria (2 Rey 17,30-31). El sexto marido, el que tenía ahora, no era el verdadero: "¡El que tienes ahora no es tu marido!" (Jn 4,18). No realizaba el deseo más profundo del pueblo: la unión con Dios, como marido que se une a su esposa (Is 62,5; 54,5). El verdadero marido, el séptimo, es Jesús, como fue prometido por Oseas: "Y te haré mi esposa para siempre; y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en piedad y misericordia. Y te haré mi esposa fiel, y ¡reconocerás que soy el Señor!" (Os 2,21-22). Jesús es el esposo que llega (Mc 2,19) para llevar la vida nueva a la mujer que lo ha buscado toda la vida y, hasta



ahora, no lo había encontrado. Si el pueblo acepta a Jesús como "esposo", tendrá acceso a Dios en cualquier parte que esté, tanto en espíritu como en verdad (vv.23-24).

Jesús declaró su sed a la samaritana, pero no tomó el agua. Señal de que su sed era simbólica y tenía relación con su misión, la sed de realizar la voluntad del Padre (Jn 4,34). Esta sed está todavía presente en Él, y lo estará por toda la vida, hasta la muerte. Dice Él en la hora de la muerte: "Tengo sed" (Jn 19,28). Declara que tiene sed por última vez y así puede decir: "¡Todo se ha cumplido!" Después inclinándose la cabeza entregó el espíritu (Jn 19,30). Realizó su misión.

El relieve de la mujer en el Evangelio de Juan:

En el Evangelio de Juan, las mujeres se destacan en siete momentos, decisivos para la divulgación del Evangelio. A ellas se les atribuyen funciones y misiones, algunas de las cuáles, en los otros evangelios, son atribuidas a los hombres.

En las Bodas de Caná, la Madre de Jesús reconoce los límites del Antiguo Testamento y reafirma la grande ley del Evangelio: "¡Haced todo lo que Él os diga!" (Jn 2,1-11). La samaritana es la primera persona que recibe de Jesús el más grande secreto, a saber, que Él es el Mesías: "¡Soy yo, que hablo contigo!" (Jn 4,26). Y se convierte en la evangelizadora de la Samaria (Jn 4,28-30, 39-42). La mujer, llamada la adúltera, a la hora de ser perdonada por Jesús, se convierte en juez de la sociedad patriarcal (o del poder masculino) que la quería condenar (Jn 8,1-11). En los otros evangelios, es Pedro el que hace la profesión de fe en Jesús (Mt 16,16; Mc 8,29; Lc 9,20). En el evangelio de Juan, quien hace la profesión de fe es Marta, hermana de María y Lázaro (Jn 11,27). María, hermana de Marta, unge los pies de Jesús para el día de su sepultura (Jn 12,7). En aquel tiempo, quien moría en la cruz, no tenía sepultura, ni podía ser embalsamado. Por esto, María anticipó la unción del cuerpo de Cristo. Esto significa que ella aceptaba a Jesús como el Mesías-Siervo que debería morir en la cruz. Pedro no aceptaba a Jesús como Mesías-Siervo (Jn 13,8) y trató de disuadirlo (Mt 16,22). Así, María se presenta como modelo para los otros discípulos. A los pies de la Cruz: "¡Mujer, he ahí a tu hijo!". "¡He ahí a tu Madre!" (Jn 19,25-27). Nace la Iglesia de los pies de la cruz. María es el modelo de la comunidad cristiana. La Magdalena debe anunciar la Buena Nueva a los hermanos (Jn 20,11-18). Ella recibe una orden sin la cual todas las otras órdenes dadas a los apóstoles no hubieran tenido fuerza ni valor.

La Madre de Jesús aparece dos veces en el evangelio de Juan: al principio, en las bodas de Caná (Jn 2,1-5) y al final, a los pies de la Cruz (Jn 19, 25-27). En los dos casos, ella representa al Antiguo Testamento que espera la llegada del Nuevo y, en los dos casos, contribuye a fin de que el Nuevo pueda llegar. María es el anillo de unión entre lo que era antes y lo que debería venir después. En Caná, es ella, la Madre de Jesús, símbolo del Antiguo Testamento, la que percibe los límites del Antiguo y da los pasos para que el Nuevo pueda llegar. En la hora de la muerte, es la Madre de Jesús la que acoge al "Discípulo Amado". Aquí, el Discípulo Amado es la nueva Comunidad que ha crecido en torno a Jesús. Es el hijo que ha nacido del Antiguo Testamento. A petición de Jesús, el hijo, el Nuevo Testamento, acoge la Madre, el Antiguo Testamento, en su casa. Los dos deben caminar juntos. Porque el Nuevo no se puede entender sin el Antiguo. Sería un edificio sin fundamento. Y el Antiguo sin el Nuevo sería incompleto. Sería un árbol sin frutos.

3. Discernir desde el Magisterio



La dignidad de la mujer y su vocación, objeto constante de la reflexión humana y cristiana, ha asumido en estos últimos años una importancia muy particular¹. Hoy se hace más fuerte, debido a la transformación cultural que estamos atravesando: *“La humanidad en este mundo global ha entrado en un verdadero mercado de ideas, ideologías, corrientes religiosas, políticas, culturales, etc... que ha traído consigo desaliento, desorientación y superficialidad, dando paso a... una especie de depresión humana, espiritual y moral”*².

“La redención del hombre anunciada en el Génesis se hace aquí realidad en la persona y en la misión de Jesucristo, en quien reconocemos también lo que significa la realidad de la redención para la dignidad y la vocación de la mujer. Este significado es aclarado por las palabras de Cristo y por el conjunto de sus actitudes hacia las mujeres, que es sumamente sencillo y, precisamente por esto, extraordinario si se considera el ambiente de su tiempo; se trata de una actitud caracterizada por una extraordinaria transparencia y profundidad. Diversas mujeres aparecen en el transcurso de la misión de Jesús de Nazaret, y el encuentro con cada una de ellas es una confirmación de la «novedad de vida» evangélica, de la que ya se ha hablado.

Es algo universalmente admitido —incluso por parte de quienes se ponen en actitud crítica ante el mensaje cristiano— que Cristo fue ante sus contemporáneos el promotor de la verdadera dignidad de la mujer y de la vocación correspondiente a esta dignidad. A veces esto provocaba estupor, sorpresa, incluso llegaba hasta el límite del escándalo. «Se sorprendían de que hablara con una mujer» (Jn 4, 27) porque este comportamiento era diverso del de los israelitas de su tiempo. Es más, «se sorprendían» los mismos discípulos de Cristo. Por su parte, el fariseo, a cuya casa fue la mujer pecadora para ungir con aceite perfumado los pies de Jesús, «se decía para sí: Si éste fuera profeta sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora» (Lc 7, 39). Gran turbación e incluso «santa indignación» debían causar en quienes escuchaban, satisfechos de sí mismos, aquellas palabras de Cristo: «los publicanos y las prostitutas os precederán en el reino de Dios» (Mt 21, 31).³

Buena parte de los pobres que rodeaban a Jesús eran mujeres; privadas del apoyo de un varón, ellas eran sin duda las más vulnerables. Por otra parte, ser mujer en aquella sociedad patriarcal significaba estar destinada a vivir en un estado de inferioridad y sumisión a los varones. Lo primero que sorprende es verlo rodeado de tantas mujeres: amigas entrañables como María, oriunda de Magdala; las hermanas Marta y María vecinas de Betania, a las que tanto quería; mujeres enfermas como la hemorroísa o paganas como la sirio-fenicia, el encuentro de Jesús con la samaritana, en donde se entabla un diálogo que genera vida nueva; prostitutas despreciadas por todos o seguidoras fieles, como Salomé y otras muchas que le acompañaron hasta Jerusalén y no le abandonaron ni en el momento de su ejecución. De ningún profeta de Israel se dice algo parecido.

¿Qué encontraban estas mujeres en Jesús? ¿Qué las atraía tanto? ¿Cómo se atrevieron a acercarse a Él para escuchar su mensaje? ¿Por qué se aventuraron algunas a abandonar su hogar y subir con Él, provocando seguramente el escándalo de algunos? Estas mujeres están entre los pecadores e indecibles que se sientan a comer con Él, como símbolo y anticipación del Reino de Dios, las «últimas» de aquella sociedad patriarcal y las «primeras» en entrar al Reino de Dios, pues Jesús, desde su experiencia del Reino de Dios, comienza a actuar con libertad total, no mira a la mujer como fuente de

¹ Cf Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, 1

² Conferencia del Episcopado Mexicano, *Proyecto Global de Pastoral 2031+2033*, No. 37

³ Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, 12



tentación ni de posible contaminación; al contrario, se encarga de ellas sin recelo y las trata abiertamente. Ellas, sin duda, ven en Él una actitud diferente, una mirada diferente, las tiene en cuenta al comunicar su mensaje, pues también ellas tienen que escuchar la Buena Noticia de Dios y comunicarla a otras mujeres que no se han atrevido a salir de su casa, las hace vivibles, se pone en su lugar y las hace protagonistas de sus parábolas. Ellas se lo agradecen; “por fin alguien se acuerda de ellas”. Jesús aprovecha cualquier situación para presentarlas como modelo de fe, generosidad o entrega desinteresada.

“La dignidad de la mujer se relaciona íntimamente con el amor que recibe por su femineidad y también con el amor que, a su vez, ella da. La mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás. Es su vocación. Por eso la mujer es fuerte, porque se entrega sin reservas; es fuerte por la dignidad que recibe de parte de Dios mismo, y todo ello la hace «fuerte» y la reafirma en su vocación. De este modo, la «mujer perfecta» (cf. Prov 31, 10) se convierte en un apoyo insustituible y en una fuente de fuerza espiritual para los demás, que perciben la gran energía de su espíritu. A estas «mujeres perfectas» deben mucho sus familias y, a veces, también las Naciones”⁴.

“En el Espíritu de Cristo ella puede descubrir el significado pleno de su femineidad y, de esta manera, disponerse al «don sincero de sí misma» a los demás, y de este modo encontrarse a sí misma.

La Iglesia desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el «misterio de la mujer» y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las «maravillas de Dios», que en la historia de la humanidad se han cumplido en ella y por medio de ella. En definitiva, ¿no se ha obrado en ella y por medio de ella lo más grande que existe en la historia del hombre sobre la tierra, es decir, el acontecimiento de que Dios mismo se ha hecho hombre?

La Iglesia, por consiguiente, da gracias por todas las mujeres y por cada una: por las madres, las hermanas, las esposas; por las mujeres consagradas a Dios en la virginidad; por las mujeres dedicadas a tantos y tantos seres humanos que esperan el amor gratuito de otra persona; por las mujeres que velan por el ser humano en la familia, la cual es el signo fundamental de la comunidad humana; por las mujeres que trabajan profesionalmente, mujeres cargadas a veces con una gran responsabilidad social; por las mujeres «perfectas» y por las mujeres «débiles». Por todas ellas, tal como salieron del corazón de Dios en toda la belleza y riqueza de su femineidad, tal como han sido abrazadas por su amor eterno; tal como, junto con los hombres, peregrinan en esta tierra que es «la patria» de la familia humana, que a veces se transforma en «un valle de lágrimas». Tal como asumen, juntamente con el hombre, la responsabilidad común por el destino de la humanidad, en las necesidades de cada día y según aquel destino definitivo que los seres humanos tienen en Dios mismo, en el seno de la Trinidad inefable.

La Iglesia expresa su agradecimiento por todas las manifestaciones del «genio» femenino aparecidas a lo largo de la historia, en medio de los pueblos y de las naciones; da gracias por todos los carismas que el Espíritu Santo otorga a las mujeres en la historia del Pueblo de Dios, por todas las victorias que debe a su fe, esperanza y caridad; manifiesta su gratitud por todos los frutos de santidad femenina.

La Iglesia pide, al mismo tiempo, que estas inestimables «manifestaciones del Espíritu» (cf. 1 Cor 12, 4 ss.), que con grande generosidad han sido dadas a las «hijas» de la Jerusalén eterna, sean reconocidas

⁴ Ibid, 30



debidamente, valorizadas, para que redunden en común beneficio de la Iglesia y de la humanidad, especialmente en nuestros días. Al meditar sobre el misterio bíblico de la «mujer», la Iglesia ora para que todas las mujeres se hallen de nuevo a sí mismas en este misterio y hallen su «vocación suprema»⁵.

El Papa Francisco se ha expresado muchas veces en el mismo sentido:

“La Iglesia reconoce el indispensable aporte de la mujer en la sociedad, con una sensibilidad, una intuición y unas capacidades peculiares que suelen ser más propias de las mujeres que de los varones. Por ejemplo, la especial atención femenina hacia los otros, que se expresa de un modo particular, aunque no exclusivo, en la maternidad. Reconozco con gusto cómo muchas mujeres comparten responsabilidades pastorales junto con los sacerdotes, contribuyen al acompañamiento de personas, de familias o de grupos y brindan nuevos aportes a la reflexión teológica. Pero todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia. Porque «el genio femenino es necesario en todas las expresiones de la vida social; por ello, se ha de garantizar la presencia de las mujeres también en el ámbito laboral» y en los diversos lugares donde se toman las decisiones importantes, tanto en la Iglesia como en las estructuras sociales”⁶.

“Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente. El sacerdocio reservado a los varones, como signo de Cristo Esposo que se entrega en la Eucaristía, es una cuestión que no se pone en discusión, pero puede volverse particularmente conflictiva si se identifica demasiado la potestad sacramental con el poder. No hay que olvidar que cuando hablamos de la potestad sacerdotal «nos encontramos en el ámbito de la función, no de la dignidad ni de la santidad». El sacerdocio ministerial es uno de los medios que Jesús utiliza al servicio de su pueblo, pero la gran dignidad viene del Bautismo, que es accesible a todos. La configuración del sacerdote con Cristo Cabeza —es decir, como fuente capital de la gracia— no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto. En la Iglesia las funciones «no dan lugar a la superioridad de los unos sobre los otros». De hecho, una mujer, María, es más importante que los obispos. Aun cuando la función del sacerdocio ministerial se considere «jerárquica», hay que tener bien presente que «está ordenada totalmente a la santidad de los miembros del Cuerpo místico de Cristo». Su clave y su eje no son el poder entendido como dominio, sino la potestad de administrar el sacramento de la Eucaristía; de aquí deriva su autoridad, que es siempre un servicio al pueblo. Aquí hay un gran desafío para los pastores y para los teólogos, que podrían ayudar a reconocer mejor lo que esto implica con respecto al posible lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes, en los diversos ámbitos de la Iglesia”⁷.

f) ACTUAR

Responder, en forma personal o grupal, a las siguientes preguntas:

⁵ Ibid, 31

⁶ Papa Francisco, Exhortación *Evangelii gaudium*, 103

⁷ Ibid, 104



1. Si eres mujer: ¿Crees que estás haciendo lo suficiente para llevar a cabo la vocación y la misión que Dios te dio?
2. Si eres hombre: ¿De qué forma frenas o facilitas la vocación y misión que Dios les dio a las mujeres?
3. ¿Cómo te comprometes, desde tu rol de mujer u hombre, para que las mujeres ocupen el lugar que Dios quiere para ellas en la familia, en la sociedad y en la Iglesia?
4. ¿Qué le hace falta a nuestra Iglesia (parroquia, grupo o diócesis), para fortalecer el protagonismo del genio femenino?
5. ¿De qué forma crees que la vocación y misión de la mujer puede influir en la transformación de nuestra sociedad?

g) Oración por la mujer

Gracias, Dios Padre Bueno, por el amor que nos tienes; porque nos has creado a tu imagen y semejanza en la condición de varón y mujer; para que, reconociéndonos diferentes, busquemos complementarnos: el varón como apoyo de la mujer y la mujer como apoyo del varón. Gracias, Padre bueno, por la mujer y su misión en la comunidad humana.

Te pedimos por la mujer que es hija: que sea acogida y amada por sus padres, tratada con ternura y delicadeza.

Te pedimos por la mujer que es hermana: que sea respetada y defendida por sus hermanos.

Te pedimos por la mujer que es esposa: que sea reconocida, valorada y ayudada por su esposo, compañero fiel en la vida conyugal; que ella se respete y se dé a respetar, para vivir ambos la comunión de corazones y anhelos que se prolongan en la fecundidad de una nueva vida humana, participando así en la máxima obra de la creación: el ser humano.

Te pedimos por la mujer que es madre: que reconozca en la maternidad el florecimiento de su feminidad. Creada para la relación, sea sensible, tierna y abnegada en la educación de cada hijo; con la dulzura y la fortaleza, la serenidad y la valentía, la fe y la esperanza que van forjando la persona, el ciudadano, el hijo de Dios.

Te pedimos por las mujeres buenas y generosas que han entregado su vida para realizar la nuestra.

Te pedimos por las mujeres que se sienten solas, por las que no encuentran sentido a su vida; por las marginadas y usadas como objeto de placer y de consumo; por las que han sido maltratadas y asesinadas.

Te pedimos, Padre bueno, por todos nosotros, varones y mujeres; que nos sepamos comprender, valorar y ayudar mutuamente, para que en la relación, amable y positiva, colaboremos juntos al servicio de la familia y de la vida.

Te lo pedimos por intercesión de la siempre Virgen María de Guadalupe, Mujer, Esposa y Madre Buena, llena de fe humilde y valiente, que nos acompaña, sostiene y conduce a tu Hijo Cristo Jesús, el cual vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

h) Canto final: Niña



Niña que nació, limpia de pecado.
Niña que no murió, sino fue llevada hacia Dios.

En ti niña hermosa, el Verbo se encarnó.
Dejas de ser niña y eres madre de Dios.

Madre de Jesús, que vino a salvarnos.
Gracias doy a ti, por habernos dado a nuestra luz.
Hoy te canto María, porque eres mi Madre,
y me cuidas y me amas, conmigo siempre estás.

Enséñame, Señora, a orar y a ser humilde,
a ser más servicial y a darme a los demás. (4)

Aporte de la Provincia Eclesiástica Bajío.

Pbro. Lic. Francisco Javier Rico Medina, Coordinador Provincial de la Comisión
Mons. Juan José Pérez Parra, Coordinador Provincial de la Dimensión de Doctrina de la Fe
Ing. Gloria del Rocío Ramos Martínez, Secretaria de la Comisión

